

dadera filiación de Dios. Ahora, cristianos, que venís llenos de fe y amor á honrar los funerales del Hijo de Dios crucificado y muerto por nuestra salvación, volved al Calvario y decid á Jesús con íntimo afecto de vuestra alma: Descended ya de esa cruz, divino Salvador nuestro: abandonad ya el campo de batalla para recoger por trofeos el amor de vuestros redimidos. Aquí tenéis el tributo de millares de corazones purificados por la virtud divina de vuestro sacrificio. Descended, pues, y acompañaremos vuestros sagrados despojos hasta el sepulcro nuevo donde, sepultados también nosotros con nuestros viejos vicios, aguardaremos en paz la hermosa aurora del nuevo día de la resurrección. Así sea.

### SEGUNDO SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1882).

Si Filius Dei es, descende.  
Si credes Hijo de Dios, baja (de la cruz).  
Matth. 27, 40.

1. ¡Cristianos! El sacrificio está consumado. La grande obra de la redención del género humano está concluída. El Redentor acaba de expirar sobre el altar de su voluntaria inmolación: yace exánime en la cruz. ¿No le veis? Es un hecho incontestable: no le queda ya resto de vida. Los ministros del Pretor han venido á reconocer el cadáver que José de Arimatéa ha pedido para darle sepultura, y han vuelto satisfechos porque *le han visto muerto*<sup>1</sup>. Y un soldado, para más asegurarse, le ha

<sup>1</sup> Io. 19, 33.

traspasado con atroz lanzada el corazón.... ¡Misterio augusto é impenetrable á la débil razón humana, la muerte de un Dios! ¿Cómo? se dice sobresaltada y rebelde: ¿Dios morir? ¿El Criador de cielo y tierra por quien y para quien todo vive<sup>1</sup>, dejar de vivir? Y, si esto es cierto, ¿cómo no se hundan cielo y tierra? Y un cataclismo universal ¿por qué no rompe de una vez la armonía de la creación? ¿Cómo no queda sepultado el universo entre sus propias ruinas? Pero no... no nos dejemos abismar nosotros mismos en el piélago de nuestra ignorancia, ó, si se quiere, en este océano insondable de misterios. Antes bien, postrados, como María, al pie del sagrado leño, de hinojos como los fieles discípulos que, antes de recoger los divinos restos del Crucificado, los adoran con profunda reverencia, adoremos también nosotros el sacrosanto cuerpo pendiente de esa cruz: *Venite adoremus!* La fe, la humildad, la compunción nos dejarán entrever las altísimas verdades que para el orgullo vano y la curiosidad impía son tinieblas aun más espesas que las que en este instante empiezan á desvanecerse en derredor del Calvario. Digamos por tanto con la Iglesia: *Adorámoste, Cristo, y bendecímoste*, etc.

2. Satisfecha así la necesidad de dar una ligera expansión á nuestros sentimientos de fervorosos creyentes, vamos ahora á acompañar á los piadosos varones José y Nicodemus, que se disponen ya para descolgar de la cruz y dar honrosa sepultura al cuerpo del Señor. Después seguiremos el fúnebre cortejo hasta dejar á nuestro Padre en el lugar de su descanso. ¡Ojalá que las lágrimas de una sincera contrición honraran, más que la pompa exterior, los funerales del Dios crucificado!

<sup>1</sup> Regem cui omnia vivunt (Invit. offic. defunct.).

Pero, cristianos que me escucháis: si no ha de ser para nosotros esta santa ceremonia (quizás la más pomposa y concurrida entre todas) una estéril representación de nuestros venerandos misterios, ya que no oso persuadirme de que pueda ser para nadie ocasión de profanación y escándalo; si ha de dar los felices resultados que se propone la Iglesia católica: es preciso que, antes de tomar en brazos al divino ajusticiado para conducirlo al sepulcro, le roguemos encarecidamente que se digne descender al fondo de nuestros corazones, puesto que es Hijo de Dios que bajó del cielo para nuestra salvación: *Si Filius Dei es, descende...*<sup>1</sup> Allí, en el interior del alma, le necesitan nuestras multiplicadas miserias; allí le reclaman nuestras llagas; desde allí, como desde la profundidad de un sepulcro, le está llamando la voz de nuestra corrupción. Tal es el descendimiento espiritual de Cristo, de que intento hablaros hoy con ocasión del corporal descendimiento que con tanta piedad habéis venido á solemnizar. Porque ¿de qué nos serviría, carísimos hermanos, que el cuerpo de Jesús bajara de ese altar, si su espíritu no bajase también hasta el fondo de nuestros corazones? ¡Bajad, sí, Redentor adorable, bajad, divino médico, á curar esta alma enferma! No desdeñéis el inmundo sepulcro que vos sólo podéis purificar con el contacto de vuestros miembros sacratísimos. ¿No es verdad que sólo para darme vida descendisteis del cielo? Pues bien, ¡acabad la obra de vuestros descendimientos, así muerto como estáis, así despedazado y desnudo, que así precisamente os necesita mi orgullo, mi sensualidad, mi obstinación á vuestros santos llamamientos!

<sup>1</sup> L. c.

## I.

3. Atended, hermanos míos, á esta primera reflexión: Jesucristo ha descendido de lo alto de los cielos para llevar á cabo la obra magna de nuestro rescate. Tal es el dogma fundamental del cristianismo, consignado en las siguientes palabras del símbolo de nuestra fe: *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cælis*<sup>1</sup>. Éste, pues, podemos llamar primer descendimiento del Hijo de Dios. Sí, hermanos míos, del Hijo de Dios, que, si tal no fuese Jesús, tampoco diríase que había descendido del cielo. El grande hombre que viene á la tierra con la luz del genio por guía para avasallarla é imprimirle impulso civilizador, no desciende, si no es en el ocaso de la vida; sube más bien cuando aparece su estrella por el oriente de su brillante carrera. El grande hombre no baja cuando nace, aunque nazca en un pesebre, sino cuando muere aunque muera sobre el trono. No así nuestro Salvador Jesús. Él marca su aparición en el mundo con un descenso prodigioso, incalculable, igual á la distancia de la tierra al cielo, de lo finito á lo infinito. Su descendimiento es tan grande, que bien pudo ser llamado por el Apóstol aniquilamiento<sup>2</sup>. Jamás monarca poderoso ha bajado tanto cayendo hasta rodar en el polvo desde el último peldaño del más encumbrado trono de la tierra. Si os colocarais en el astro más distante de la tierra, en el cenit del firmamento, y desde allí descendierais con la velocidad del rayo hasta dar en el fondo del océano, no bajaríais tanto como Jesucristo al tomar nuestra vestidura de carne en el seno de la Virgen. Oídlo de boca del Doctor de las naciones: *Exinanivit semet ipsum formam servi accipiens:*

<sup>1</sup> Symb. Nic. et Constantinop.<sup>2</sup> Phil. 2, 7.

al tomar la forma de siervo, la naturaleza del hombre, anonadóse á sí mismo, redújose á la nada.

4. Verdad es que, según la admirable expresión de San Agustín, permaneció en toda su grandeza de Dios, tomando la humanidad, el que había hecho al hombre: *Manens Deus accepit hominem qui fecit hominem*<sup>1</sup>; ó, como se explica el gran Papa San León, haciendo hablar al Padre Eterno en el Tabor: *Éste es mi hijo, el cual, permaneciendo en la forma de mi gloria, para ejecutar nuestro común designio de reparar al género humano, inclinó hasta la forma de siervo la divinidad inmutable*<sup>2</sup>; que tal ha sido siempre la purísima doctrina de la Iglesia acerca de las dos naturalezas de Cristo;—verdad es, repito, que nada ha perdido el Verbo Eterno, haciéndose hombre, de su inamisible majestad: pero, esto no obstante, su descendimiento ha sido real, y no de mera apariencia, toda vez que ha asumido en realidad y apropiádose nuestra miserable naturaleza servil. Ha descendido, pues, hasta igualarse con nosotros, bien como Adán, en sentido contrario, había querido subir hasta igualarse con Dios, verificándose así que la amarga ironía con que en el consejo de las divinas Personas se dijo: *He ahí á Adán hecho como uno de nosotros*<sup>3</sup>, pueda decirse con verdad del Adán nuevo, en el consejo del género humano agradecido y admirado de tamaño abatimiento. Sí, cristianos, bien podemos decir sin temor de exagerar: El Verbo de Dios, el nuevo Adán reparador se ha hecho como uno cualquiera de nosotros: *quasi unus ex nobis factus est*. ¿No es verdad que ha descendido prodigiosamente?

<sup>1</sup> Tract. 28 in Io.

<sup>2</sup> Hom. de Transfig. Domini, in Brev.

<sup>3</sup> Gen. 3, 22.

5. Cúmplenos ahora inquirir, hermanos míos, con qué objeto ha bajado tanto el Hijo del Altísimo *hecho semejante á los hombres*, como habla el Apóstol<sup>1</sup>. Ya lo ha declarado abiertamente el citado San León: para ejecutar el misericordioso acuerdo de la Redención humana<sup>2</sup>. *Propter nostram salutem*, como canta la Iglesia<sup>3</sup>: sólo, sólo por nuestra salvación. Y así era menester en hecho de verdad. Porque ¿cómo pudiera la turba de los hombres ver á Cristo sino en lugar humilde y abatido? discurre el Padre San Ambrosio<sup>4</sup>. Y, si ver no podía á Cristo, Hijo de Dios, ¿hubiera podido ver al mismo Dios? *Á Dios*, dice la Escritura, *nadie le ha visto, pero ni es posible que le vea*<sup>5</sup> el ojo humano, no ya solamente el ojo de la carne, pero ni siquiera el de la inteligencia. Hombre ninguno, ni el más sabio entre los sabios, llámese Platón ó Aristóteles, ha sido capaz de conocer á Dios en sí y en su propia esencia: *El unigénito Hijo que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado á conocer*<sup>6</sup>. Y es porque Dios habita en un trono de luz inaccesible á las miradas de toda criatura. Siendo, pues, tal nuestra incapacidad de conocer á Dios, á lo menos con luz bastante para andar por el camino de la salvación, como toda la Escritura lo atestigua y lo enseñan la experiencia y la razón, ¿á qué preguntar ya por el motivo del descendimiento del Verbo? Si él no hubiese misericordiosamente descendido hasta el *valle hondo y obscuro* de nuestra naturaleza, ¿no permaneceríamos hasta hoy sepultados en tinieblas? Si el bienhechor astro del día no hiciera penetrar sus rayos en la obscura

<sup>1</sup> Phil. 2, 7.

<sup>2</sup> Ubi supra.

<sup>3</sup> Symb. Nic. et Constantinop.

<sup>4</sup> Lib. 5 in Luc. cap. 6.

<sup>5</sup> Io. 1, 18. Tim. 6, 16.

<sup>6</sup> Io. 1, 18.

grieta donde se esconde el insecto, ¿podiera éste subir hasta el solio del rey de la luz para arrancarle una centella? Creedme, carísimos hermanos, era preciso que el Sol divino viniese á disipar nuestra ceguera y á iluminarnos con sus inefables claridades para que pudiésemos vislumbrar siquiera los incomprensibles arcanos de la naturaleza y ser de Dios. Por eso, dice el Evangelista, desciende Jesús á los enfermos, ya que ellos no pueden subir hasta la altura, y, como expone San Ambrosio, baja hasta ellos para sanarlos de la fiebre de la liviandad y curarlos de la afrentosa ceguera del espíritu<sup>1</sup>.

6. ¡El hombre enfermo no podía subir hasta la morada de su celestial médico! ¡La mísera humanidad caída en languidez mortal, en el abatimiento de sus propios vicios, no era capaz de procurarse siquiera el remedio de sus males! Todo tenía que bajarle del cielo, el médico y la medicina, la vida y el autor de ella! *Yo soy*, decía Jesucristo, *la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente*<sup>2</sup>. ¿Crees esto? preguntaba el Señor á Marta. ¿Lo creéis vosotros, católicos oyentes? Y ¿cómo dudarlo? ¿Por ventura no es ésta la creencia salvadora del género humano? ¿no es ésta la fe que arrancó á Lázaro del sepulcro? ¿no es ésta la base verdadera y sólida de esa grande é imperecedera civilización que á boca llena llamamos cristiana? Pues, si así lo creéis, exclamad con la iluminada Marta delante del sepulcro de Lázaro: *Sí, Señor, yo he creído y creo que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo, que has*

<sup>1</sup> Et ideo quemque in inferioribus sanat, hoc est, a libidine revocat, iniuriam cæcitatís avertit (S. Ambros. 1. c.).

<sup>2</sup> Io. 11, 25. 26.

*venido á este mundo*<sup>1</sup>. ¿Para qué fin sino para dar vida al mundo?<sup>2</sup> Esta confesión, hermanos míos, es la sola que puede salvarnos. Jesucristo, la víctima del Calvario, es el Hijo de Dios vivo, no ya por adopción y por un modo de hablar figurado, ni aun antonomástico, sino por naturaleza propia, por consustancialidad con el Padre: la vida que ha venido á dar al mundo, esto es, á los hombres, no es sólo exterior y temporal, ni es tampoco cierta manera ó condición individual ó política, mejor y más perfecta que la que antes tuvieron; es todo eso y mucho más, porque es una forma de existencia espiritual, forma divina que penetra hasta las profundidades del espíritu humano, tornándole grato á los ojos de Dios, de quien era mirado con horror, y resucitándole de muerte eterna á vida inmortal y bienaventurada. Si no tuviera este carácter la Redención humana, el gran misterio que hoy celebra el cristianismo sería ciertamente el acontecimiento más grandioso y memorable de la historia por sus inmensos resultados sobre la faz de las naciones; no pasaría, empero, de los límites del orden natural, y su autor no sería más que un hombre, el más grande entre los grandes hombres, es verdad, pero no digno de sentarse á par de Dios, ni de compartir con él las adoraciones de todas las criaturas. Y, sin embargo, esto es Jesucristo Redentor, de quien cantaban millones de millones de ángeles y bienaventurados: *Digno es el Cordero que ha muerto de recibir la fortaleza y la divinidad... suyo es el poder y la gloria por siglos de siglos*<sup>3</sup>. Y el cristianismo ¿qué vendría á ser sin aquella rotunda confesión: *Tu es Christus Filius Dei vivi*? Por más que se quiera engrandecerle, el cris-

<sup>1</sup> Io. 11, 27.

<sup>2</sup> Io. 6, 33.

<sup>3</sup> Apoc. 5, 12. 13.

tianismo viene á tierra si se le despoja de su propio carácter divino y sobrenatural en todo el rigor de la palabra. Tiempo es ya, cristianos, de rechazar todo equívoco, todo ese fárrago de expresiones ambiguas con que ha pretendido cierta escuela impía sorprender la candidez de muchas almas.

7. No os paguéis demasiado, y sea ésta la ocasión de decirlo, de ciertas frases ampulosas y sonoras, pero huecas, con que acostumbran los solapados enemigos de la Iglesia encomiar en libros y periódicos al cristianismo y á su autor. Ni debéis fiaros tampoco de ciertos cuadros relumbrantes y pinturas novelescas del Redentor y su Pasión, de la sublimidad de su doctrina y de la magnitud de su obra gigantesca, con las cuales pretenden sus autores aparecer á los ojos de los incautos como entusiastas discípulos del divino Maestro. No vacilan en apellidarle divino, y ¿por qué no, si en él, según su lenguaje altisonante, se encarna lo divino más que en ningún otro mortal? Ni le escatiman los epítetos de libertador, creador del código más bello de moral, fundador de la religión absoluta y autor de la transformación más grande y trascendental que han visto las edades.... Entre tanto no los oiréis afirmar nunca con la franqueza sencilla del verdadero cristiano: *Vere Filius Dei erat*: Jesús era realmente Hijo de Dios<sup>1</sup>. Pues bien, amados fieles, tened en cuenta la siguiente regla que nos da el Apóstol de la divinidad de Jesucristo, San Juan, para discernir con criterio seguro el espíritu de Dios del espíritu del mundo, la verdad del error: *En esto se conoce el espíritu de Dios: Todo aquél que confiesa que Jesucristo ha venido al mundo en carne, tiene*

<sup>1</sup> Matth. 27, 54.

*el espíritu de Dios; y todo espíritu que divide y destruye á Jesús no es de Dios*<sup>1</sup>. Más claro todavía en las siguientes palabras: *Quienquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, está en Dios y Dios en él*<sup>2</sup>. Sólo una confesión tan categórica como ésta puede servir de argumento para reconocer al cristiano verdadero y discernirlo del apócrifo y falso, hoy principalmente que, como en los tiempos del Apóstol, se han multiplicado por todas partes los pseudoprofetias, los apóstoles de falsos Cristos fabricados al capricho en el cuño de la orgullosa crítica racionalista. Los herejes, decía San Agustín, no alcanzan á entender la divinidad de Cristo ni en los Profetas ni en el mismo evangelio<sup>3</sup>. Perdonad, amados oyentes, si para apercibirnos contra los insidiosos amaños de la moderna incredulidad, me he divertido al parecer del asunto principal de mi discurso. Tiempo es ya de continuarlo en la segunda parte.

## II.

8. Si el Verbo de Dios descendido hasta la tierra ha de salvarnos realmente, devolviéndonos la vida verdadera, como verdadero y propio Hijo de Dios, necesario es, hermanos carísimos, que baje hasta nosotros así como lo veis en ese madero de ignominia, desnudo, despedazado, muerto. *Si Filius Dei es, descende...*<sup>4</sup> Porque no es la nube luminosa del Tabor la que nos ha de salvar precisamente, sino la afrentosa obscuridad del Calvario. *Cuando yo fuere elevado de la tierra*, había dicho el Redentor, hablando de su exaltación en la cruz, *atraeré hacia mí todas las cosas*<sup>5</sup>. Es decir que

<sup>1</sup> I Io. 4, 2. 3.      <sup>2</sup> Ibid. v. 15.

<sup>3</sup> S. August., tr. 48 in Io.      <sup>4</sup> L. c.      <sup>5</sup> Io. 12, 32.

la victoria sobre el infierno, el mundo y el pecado estaba reservada en los consejos de la Sabiduría infinita, al poder misterioso de la cruz, esto es, á las humillaciones del Verbo Encarnado. Nada nos importa tanto, amados fieles, como el penetrarnos bien de esta altísima verdad. La gloria del Salvador puede ser para nosotros, como lo es para muchos espíritus, objeto de admiración estéril: sus humillaciones, sus padecimientos, su muerte de cruz son lecciones divinas que, bien aprendidas y practicadas, nos darán algo más que vana admiración é inútil entusiasmo, nos harán salvos en realidad de verdad, santificándonos en la presencia de Dios<sup>1</sup>.

9. Considerad, en efecto, la razón del misterio del Dios humanado, del Dios crucificado y muerto, según las Escrituras, la cual hallaréis no ser otra que la salud del mundo. *Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit...*, canta la Iglesia en el Símbolo. Si Dios se ha dignado hacerse hombre, pudiendo redimirnos de otro modo, ha sido por causa de *nosotros los hombres*, á fin de que, viéndole y palpándole en nuestra misma naturaleza, nos fuera hacedero el imitarle. ¿Podríamos acaso copiarle en su forma divina, ni aun en sus obras humano-divinas? No por otra causa ha padecido, según estas palabras del Apóstol San Pedro: *Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas*<sup>2</sup>. Porque á la verdad, ¿de qué nos aprovecharía su infinita grandeza, su perfección incomparable, si nos fuese imposible la imitación de sus virtudes? ¿nos bastará para salvarnos creer en él, con fe sin obras, con fe muerta? ¿acaso no necesitamos obrar

<sup>1</sup> In sanctitate et iustitia coram ipso (Luc. I, 75).

<sup>2</sup> I Petr. 2, 21.

como él, amar á Dios como él, guardar sus mandamientos, según él mismo nos lo tiene enseñado<sup>1</sup>? Por eso, si su doctrina es celestial y sublime, como arroyo que corre de aquella fuente de sabiduría infinita, sus ejemplos son para nosotros la escuela práctica donde debemos aprenderla. Podréis tal vez no comprender la profundidad de la doctrina; pero no podréis excusaros de seguir las huellas marcadas con su sangre en la vía dolorosa.

Y esto es lo importante, cristianos: seguir á Jesucristo, seguirle, no al Tabor, sino al Calvario, marchar en pos de él con la cruz al hombro y el corazón desgarrado y la voluntad sacrificada, negarse no sólo á todo lo terreno y carnal, sino á sí propio, á sus propias inclinaciones y juicios<sup>2</sup>. Quien no siente valor para morir con Jesucristo, poco medra con vocear en seductoras frases la sublimidad de la doctrina del Redentor. La religión de Cristo es práctica, como lo es la verdadera religión, y así su moral debe resplandecer en las obras; y lo más subido y perfecto de esa moral es, como bien sabéis, la abnegación llevada hasta el sacrificio. Muriendo á sí mismo alcanza el hombre la vida celestial y divina. *Si Cristo ha muerto por todos*, dice San Pablo, *es para que todos vivan, mas no para sí mismos, sino para Aquél que por ellos ha muerto*<sup>3</sup>. Y por lo que á mí toca, continúa diciendo, *libreme Dios de gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo*<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Si diligitis me, mandata mea servate (Io. 14, 15).

<sup>2</sup> Luc. 9, 23.

<sup>3</sup> 2 Cor. 5, 15.

<sup>4</sup> Gal. 6, 12.

10. Esta reflexión, hermanos míos, os hará comprender la guerra á muerte que ha jurado el mundo á Jesucristo, y por tanto la inconcebible aberración, tan común en nuestros días, de querer conciliar extremos irreconciliables como la luz y las tinieblas, Belial y Cristo Jesús<sup>1</sup>. Y es imposible reconciliar á Jesucristo con el mundo, porque éste no ha querido jamás reconocer á Jesucristo, ó se ha engañado torpemente cuando ha dicho que le conocía. *Mundus eum non cognovit*, afirma San Juan<sup>2</sup>; porque el mundo, no siendo en sustancia otra cosa que la sabiduría carnal y terrena de que habla el Apóstol<sup>3</sup>, no tiene ojos para ver aquella Luz eterna, cuyos puros resplandores le deslumbran y ciegan, por más esfuerzos que haga para mirarla cara á cara y medirla con los cálculos de su mezquina crítica. Y el misterio de la cruz es cabalmente lo que más atormenta á la ciencia mundana, lo que la desespera y confunde por inexplicable, por ser lo que más abiertamente pugna con sus falsos principios basados en el orgullo, en la sensualidad, en la adoración del hombre. Pero Dios, como enseña el grande Apóstol, se ha burlado de los falsos sabios antiguos y modernos. *¿Dónde está aquí el filósofo? ¿dónde, el escriba? ¿dónde, el investigador de este siglo? ¿No es verdad que Dios ha confundido con la locura de la cruz la sabiduría de este mundo?*<sup>4</sup> Para los sabios filósofos de Grecia, apasionados de la ciencia de las causas de las cosas, no menos que de la belleza de las formas, el cuadro de un Dios crucificado entre ladrones, escarnecido, despedazado y muerto, era una repugnante necedad, indigna de hombres serios que

<sup>1</sup> 2 Cor. 6, 14.<sup>2</sup> Jo. 1, 10.<sup>3</sup> 1 Cor. 1, 10.<sup>4</sup> 1 Cor. 1, 20.

han formado un concepto digno de la divinidad. Para los judíos, acostumbrados á ver al Dios del Sinaí fulminando entre nubes tempestuosas y arrasando ejércitos enemigos y ciudades criminales é impías, una revelación de Dios sin milagros deslumbrantes era una burla, un escándalo. ¿Qué dirán, pues, los que, á guisa de griegos y judíos, se han formado una idea de Dios á su manera, en el molde de sus tradiciones y preocupaciones humanas, al presentarles á Cristo crucificado diciéndoles: He aquí la salud y la vida del mundo: *Ecce lignum crucis, in quo salus mundi pependit?* ¿he aquí la virtud, la fortaleza y la sabiduría de Dios? ¿Qué desconcierto! ¿qué golpe para el orgullo de quien presumía poseer la ciencia de Dios! No le queda otro partido razonable que cerrar los ojos y doblar la cabeza en humilde adoración.

11. Y esto es todo cuanto necesitamos para salvarnos. Sí, carísimos hermanos, depongamos nuestro orgullo y nuestra vanidad ante la cruz del Redentor, y seremos ensalzados en el día de la visitación<sup>1</sup>. Él ha bajado del cielo para curar esas llagas de nuestra sensualidad y soberbia. Y las curará con el contacto milagroso de sus llagas sacratísimas. ¡Miradle ya cuál baja de ese leño tosco y afrentoso de la cruz en brazos de los piadosos varones José de Arimatea y Nicodemus! ¡Con qué lágrimas y sollozos van desclavando las divinas manos y los pies que tantos pasos anduvieron para nuestro remedio! ¡Con qué ternura van quitando la corona de espinas hincada en su adorable cabeza! ¡Cómo bañan todo el santo cuerpo con el riego de su llanto y le dejan finalmente en el regazo de la adolorida Madre!

<sup>1</sup> 1 Petr. 5, 6.

Allí le adoraremos en compañía de los fieles discípulos y de las piadosas mujeres, y heriremos nuestros pechos con el golpe de la contrición. ¡Caiga en presencia de un Dios despedazado y muerto el ídolo de nuestra hinchazón! ¡Desaparezca el fantasma de nuestra vanidad! ¡Queden cicatrizadas las llagas de nuestra concupiscencia! Para nosotros, iluminados con la gracia de la vocación cristiana, la necedad de la cruz es la única sabiduría verdadera, la debilidad de la pasión y muerte de un Dios, el argumento incontrastable del poder divino; beber una gota del cáliz del dolor y de la humillación de Cristo es felicidad y gloria; morir con él es prenda de resurrección á vida inmortal y bienaventurada. Así sea.

### LAS SIETE PALABRAS DEL REDENTOR EN LA CRUZ

(sermón predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1895).

Ascendamus ad montem Domini, et docebit  
nos vias suas.

Subamos al monte del Señor, y nos enseñará  
sus caminos.

Is. 2, 3.

#### INTRODUCCIÓN.

1. ¿Por qué corren en tropel las gentes hacia el monte de la Calavera? Agitada y convulsa está la ciudad santa: Jerusalén no es ya visión de paz, sino teatro de motín, campo de sangre y de blasfemia. Verdaderamente hoy puédesse afirmar, aunque por motivo muy diverso, lo mismo que lloraba Jeremías: *Via Sion lugent*<sup>1</sup>: De luto están las calles que conducen á Sión. Todos desamparan los alrededores del templo para lan-

<sup>1</sup> Thren. 1, 4.

zarse extramuros de la ciudad y arremolinarse en la cumbre del Gólgota. Vase allí á ejecutar una justicia nunca vista. Clavado en una cruz entre dos famosos malhechores cuelga, desnudo á la faz de cielo y tierra, el celeberrimo Profeta de Judea, aquél á quien los pueblos aclamaron entre vítores y hosanas Hijo de David y Enviado del Señor, el obrador de portentos nunca oídos, el maestro por excelencia, el suspirado Mesías, Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Qué espectáculo! Jamás lo viera igual Jerusalén, el mundo.... Jamás se presentó otro semejante á las miradas del cielo.... Justicia, sacrificio, injusticia, sacrilegio, adoración, blasfemia, todo fué allí gigantesco, desmedido, de proporciones infinitas, ya monstruosas, ya sublimes. Nunca se vieron reunidos en un hecho mayor grandeza con mayor villanía, ni bondad más grande con malicia más horrenda. Nunca fué tan oscura la maldad humana, ni brilló tan clara y resplandeciente la bondad divina. ¡El Calvario! ¡Ah! el monte santo, empapado con la humeante sangre del Cordero de Dios, el monte profanado con las inmundas pisadas de una multitud ebria de sangre y sedienta de deicidio. ¡El Calvario! ¡altar del sumo y verdadero sacrificio, cátedra de la verdad, escala mística del cielo, nuevo y más bello paraíso!

2. Vamos también nosotros al Calvario: *Ascendamus ad montem Domini*. Nosotros ya sabemos bien lo que allí pasa. Después de casi veinte siglos del suceso, la escena del Calvario está tan viva y palpitante como si tuviera lugar hoy mismo, á nuestros ojos. Pero ¡cuán diversamente iluminada! Sobre ella se proyectan los rayos de la fe, que dejan ver y contemplar á cada uno de los personajes que allí figuran, en su verdadero ser y con su propio traje y colorido. El nubarrón que en-